

Por qué estamos polarizados

Ezra Klein

Capitán Swing Libros

Madrid, 2021

318 pp.

ISBN: 978-84-123902-8-5



Las democracias liberales han experimentado un proceso creciente de polarización política en los últimos años. Se trata de un fenómeno complejo que presenta semejanzas y diferencias en cada nación, y que depende, por un lado, de las características de cada sistema político, y, por otro, de los contextos sociales en que se manifiesta.

Populismo, radicalismo, extremismo, polarización ideológica son diferentes nombres para un mismo fenómeno poliédrico que se podría condensar en el rechazo social hacia las clases dirigentes tradicionales. Sin embargo, más que el agotamiento de un sistema –la democracia liberal–, parece que asistimos a un proceso generalizado de pérdida de confianza en las instituciones, provocado en gran medida por la manifiesta incapacidad del *establishment* para dar respuestas justas y solidarias a los desafíos del siglo XXI.

Muchos de los recientes acontecimientos políticos están vinculados, de un modo o de otro, con este marco general. Si consideramos el creciente respaldo popular en toda la Unión Europea a partidos extremistas y antisistema con opciones reales de gobernar; o la victoria de un populista como Donald Trump, cuyo legado culminaría en enero de 2021 con el asalto al Capitolio por una masa radicalizada de sus seguidores; o el referéndum ilegal convocado en 2017 por los independentistas

catalanes en un irresponsable desafío al orden jurídico vigente en una de las principales naciones europeas; o la inesperada victoria de los partidarios del Brexit en junio de 2016 y la consiguiente crisis política desencadenada por la salida del Reino Unido de la UE; o las protestas de los chalecos amarillos en Francia en 2019, con claras referencias al 15M español y al movimiento global de los indignados, y con parecidas raíces ideológicas a las de Mayo del 68, obtendremos un marco representativo del momento político que atravesamos.

Para ayudar a comprender el fenómeno de la polarización política, el periodista Ezra Klein ha publicado el ensayo *Por qué estamos polarizados* (Capitán Swing, 2021). Klein es un reputado comentarista político estadounidense que cuenta con una amplia trayectoria como columnista en *The Washington Post*, analista en la *MSNBC*, colaborador de *Bloomberg* y *The New Yorker*, entre otros. Fue editor jefe y cofundador de la web de noticias políticas *Vox*, cuya audiencia se cifra en más de 50 millones de usuarios, si bien en 2020 anunció que abandonaba esta plataforma para unirse a *The New York Times* como columnista y presentador de un podcast.

La obra de Klein se estructura en 10 capítulos de agradable lectura, donde se mezcla análisis de hechos con fundamentación científica, pero sin aturdir al lector no especializado. En

la primera parte, el autor recorre la transformación de la política estadounidense, especialmente desde la segunda mitad del siglo XX, para explicar cómo se ha llegado al punto actual de máxima distancia entre los republicanos y los demócratas. En la segunda parte, el autor profundiza en los lazos de retroalimentación entre las identidades y las instituciones políticas polarizadas, que explicaría la actual crisis que atraviesa Estados Unidos.

La idea de partida es la constatación de que la política actual estadounidense está completamente fracturada en dos bloques cada vez más alejados entre sí. Se ha instalado “la lógica de la polarización” que, según Klein, sigue un ciclo de retroalimentación: “Para apelar a un público aún más polarizado, las instituciones públicas se deben polarizar aún más; cuando el público interactúa con instituciones aún más polarizadas, se polariza aún más, y así sucesivamente” (p. 32).

Ahora bien, si se trata de un proceso, cabe preguntarse cuándo empezó, pues la tesis asumida desde el propio título de la obra es que no siempre la sociedad estuvo polarizada, sino que asistimos a un problema, si no novedoso, sí al menos actual. Para Klein, la clave está en la exacerbación de la “política de identidad”. En los últimos 50 años, afirma el autor, “nuestras identidades partidistas se han fusionado con nuestras identidades raciales, religiosas, geográficas, ideológicas y culturales. Esas identidades fusionadas han alcanzado un peso que está rompiendo nuestras instituciones y desgarrando los lazos que mantienen unido este país” (p. 35).

Uno de los hechos más elocuentes de este proceso es el cambio de identidad de los dos grandes partidos: los republicanos se han transformado en conservadores, y los demócratas, en progresistas. Esta metamorfosis se ha traducido en un “partidismo negativo”, asegura Klein, es decir, “un comportamiento partidista impulsado no por sentimientos positivos hacia el partido que uno apoya, sino por sentimientos negativos hacia

el partido al que uno se opone” (p. 46). En España, a este fenómeno se le conoce como “voto útil”, es decir, emitir un voto no porque al votante le guste su opción política, que, de hecho, no le gusta, sino porque le gusta todavía menos la opción contraria.

En resumen, del razonamiento de Klein se deduce que el proceso de polarización entre los dos grandes partidos ha permitido que las diferencias identitarias entre ellos sean más evidentes, lo que está llevando a los votantes a desarrollar sentimientos negativos hacia la opción política contraria. En 2016, el 45% de los republicanos y el 41% de los demócratas veían al otro partido como “una amenaza para el bienestar de la nación” (p. 54).

Respecto a la segunda parte del libro, Klein trata de explicar las causas de esta polarización. Obviamente, los medios de comunicación adquieren un rol determinante en este proceso, pues como afirma el autor, “el periodismo político moderno se produce y se consume en un contexto de guerra total por el tiempo de una audiencia que tiene más opciones que en cualquier otro momento de la historia” (p. 182). En este contexto de lucha por la audiencia, los medios se han subido al carro de la polarización, pues la máxima que rige en los reportajes políticos es que “si indigna, va adelante” (p. 191).

El resultado de esta lógica informativa es “descorazonador”, afirma Klein. “Los medios polarizados no enfatizan los puntos en común, sino que arman las diferencias; no se centran en lo mejor del otro bando, amenazan con lo peor” (p. 191). Citando a Jia Tolentino en *Falso espejo*, Klein comparte la idea de que “políticamente, es mucho más fácil organizar a las personas contra algo que unirles en torno a una visión afirmativa. Y dentro de la economía de la atención, el conflicto siempre consigue que miren más personas” (p. 199).

Esta idea apuntala la crítica de Klein hacia unos medios atrincherados en posiciones ideológicas que habrían corrompido

los principios éticos que sustentan al periodismo. Todo el capítulo 6 está dedicado a la descripción de este sistema mediático que, a juicio del autor, habría sido víctima de una estrategia de comunicación basada en la exacerbación de las identidades, con el único objetivo de concentrar grandes masas de audiencia. Al hacerlo, descuidaron su labor fundamental: la calidad de la información.

Víctimas de esta polarización política, los medios habrían dejado de reflejar la realidad para dedicarse a crearla. Como muestra, sirvan estos datos: “Trump recibió el 78 por ciento de toda la cobertura en CNN entre el 24 de agosto y el 4 de septiembre de 2015; y para noviembre de 2015, Trump había recibido más cobertura de noticias de la cadena vespertina (244 minutos) que todo el campo demócrata” (p. 207). Es decir, ofuscados con el mensaje identitario, los medios habrían caído en la red tejida por Donald Trump para ocupar todo el espacio disponible, y así ocurrió en 2015 lo que ahora sabemos: que los medios promocionaron a Donald Trump más que a ningún

otro candidato: “Trump entendió esto y privó a sus competidores del oxígeno mediático necesario para que se oyeran sus propios mensajes” (p. 211).

El ensayo repasa otras cuestiones, algunas muy específicas de la cultura política estadounidense, y propone alguna sugerencia de mejora. Por ejemplo, Klein recomienda prestar menos atención a la política nacional y más a la política local, donde el poder de intervención ciudadana es más notorio y las repercusiones sobre la vida cotidiana de las personas, más evidentes.

Contra todo pronóstico, esta detallada radiografía política termina con un mensaje optimista. Para Ezra Klein, “a pesar de todos nuestros problemas, hemos sido un país peor y más feo en casi todos los momentos de nuestra historia” (p. 313), lo que invita a considerar a la nación más poderosa del mundo como “una democracia exitosa en términos generales” (p. 314).

Ignacio Blanco Alfonso
Universidad CEU San Pablo